Domingo 8 de diciembre de 1991

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

4/5
En carnets: Silvia Sigal, Dalmiro Sáenz y los best-sellers

Conejo sin suerte,
por John Updike

MITRE BAJO LA LUPA DE UN ACADEMICO NORTEAMERICANO

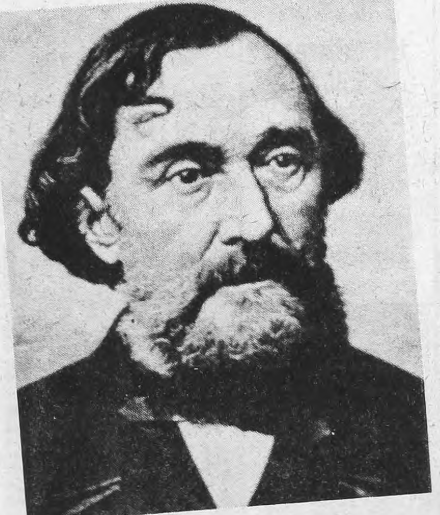
La historiografía oficial

"Mitre consideraba la historia como un relato ejemplar, una manera de dar forma al futuro. Conscientemente usó el pasado para crear una mitología nacional, una fábula orientadora cuya función principal era justificar la Argentina que él había imaginado", sostiene Nicolás Shumway —especialista norteamericano en temas argentinos, profesor de la Universidad de Yale— en su extenso ensayo "The Invention of Argentina" ("La invención de la Argentina"), recientemente publicado en Estados Unidos, del que **Primer Plano** reproduce un fragmento (Páginas 2 y 3).

6/7
La nueva poesía: **A pesar de nosotros**, por César Bisso
Entrevista con Adolfo Bioy Casares: el ABC de su escritura

Rafael Calviño

DE COMO MITRE CONSTRUYO SU ESTATUA



La invención de la Argentina

NICOLAS SHUMWAY

En 1852. El general Bartolomé Mitre no gasta todo su tiempo en atacar a Urquiza. A pesar de su constante actividad política y militar, se las arregla para aumentar su colección de documentos históricos, para investigar y dar comienzo a la biografía de héroes argentinos que constituirá su más perdurable contribución a la Patria.

La pasión de Mitre por la historia se manifestó tempranamente en un artículo periodístico publicado en Montevideo el 14 de enero de 1843 en conmemoración de Joaquín Felipe de Vedia y Pérez, abuelo del suegro de Mitre y ocasional héroe militar. Entre los papeles privados de Mitre también se encuentran las notas que preparó en marzo de 1841 sobre documentos y hechos relativos a Dorrego: tal vez apuntes preliminares para la biografía que nunca escribió.

La devoción de Mitre por las biografías se reveló dos años después en un artículo sobre José Rivera Indarte, el más estrepitoso de los críticos de Rosas. Ese trabajo, como muchas de las historias de Mitre, afrontó varias revisiones, cada una más larga que la anterior. La primera versión apareció en *El Nacional, diario político, literario y comercial* de Montevideo (setiembre 12, 1845). Un folleto en el que aparecía el mismo artículo, esta vez aumentado, fue publicado también ese año en *El Mercurio* de Valparaíso, Chile. La tercera versión, nuevamente alargada, se dio a conocer como folleto en Buenos Aires, 1853. De allí procede el texto incluido en las *Obras completas*.

Mitre lanzó sus más ambiciosos proyectos historiográficos entre 1853 y 1859. Algunos de ellos no asumieron forma definitiva hasta 1880. El más significativo fue el extenso capítulo sobre Manuel Belgrano incluido en la colección de biografías titulada *Galería de celebridades argentinas*, que data de 1857. De allí brotará después la *Historia de Belgrano*, obra en varios volúmenes que todavía es considerada como uno de los máximos textos históricos de la Argentina.

La *Galería*... fue también, en sí misma, un episodio singular. Editada por Mitre con ayuda de Sarmiento en una encuadernación suntuosa, estaba claramente destinada a un público amplio. No es sorprendente que los personajes a los que la *Galería*... canoniza hayan sido seleccionados por sus servicios a la causa porteña. Ninguno es un caudillo. Unos cuantos colaboraron con Rosas, pero los detalles de esa colaboración son cuidadosamente omitidos. La selección también refleja cierto interés por encontrar hombres ejemplares en disciplinas diferentes; a saber: tres generales, San Martín, Manuel Belgrano y Juan Lavalle; un marino, Guillermo Brown; un sacerdote liberal, Gregorio Funes; dos políticos, Bernardino Rivadavia y su ministro José Manuel García; un escritor, Florencio Varela; y un filósofo político, Mariano Moreno.[1]

En la introduccón, Mitre lanza un rápido guiño a hombres de otras convicciones políticas, lamentando que no hayan podido ser incluidos tres próceres no liberales: Dorrego, Saavedra y Güemes, un caudillo que —a la vez— era un héroe de la independencia demasiado grande para ser ignorado. Ante los otros caudillos, el lenguaje de Mitre es más comunicativo:

"Pero tenemos otro género de celebridades que, aunque no merezcan como los anteriores las bendiciones de la posteridad agradecida, se presentarán a sus ojos con el resplandor siniestro de aquella soberbia figura de Milton, que pretendía arrastrar en su caída las estrellas del firmamento.

"Estos hombres verdaderamente célebres bajo otros aspectos, ejercieron una grande influencia sobre los destinos de los pueblos del Río de la Plata: su vida está rodeada de incidentes más dramáticos, son los representantes de las tendencias dominadoras de la barbarie, y sus acciones llevan el sello de la energía de los tiempos primitivos.

"Pueden servir de lección para los venideros... He ahí otra serie de retratos históricos, retratos terribles y ceñudos que inspiran horror pero que sirven para realzar las hermosas figuras de los que se han hecho célebres por sus servicios, sus virtudes o sus trabajos intelectuales."

Pese a que ya han excluido a los caudillos, los escritores de la *Galería*... tropiezan con nuevos problemas. ¿Cómo hacer para pasar por alto, por ejemplo, la asociación de García y Brown con Juan Manuel de Rosas? ¿De qué manera defender la democracia condenando al mismo tiempo la popularidad de los caudillos? ¿Cómo explicar la falta de apoyo popular a sus héroes unitarios? ¿Y cómo soslayar la explicación de la muerte de Dorrego a manos del héroe unitario Lavalle, un acto que constituye el pecado original de la causa unitaria y del que ni siquiera Rivadavia queda exento?

ELEGIDOS Y REPROBOS. Mitre maneja estas interrogaciones colocando las bases de lo que llegará a ser la historiografía oficial. La primera de esas bases es su virtual rechazo a considerar como argentino todo lo que no sea la ilusión de unos pocos grandes hombres, todos porteños por nacimiento o por inclinación. En la visión de Mitre, la Argentina no tuvo existencia antes de Mayo, pues quienes vivían en la Argentina colonial "no se cuentan en el número de los hijos de nuestro suelo".

En su folleto sobre Rivera Indarte sostiene que el primer gran hombre al que la Argentina debe su existencia fue Mariano Moreno. Lo llama:

"El Miguel Angel de la Revolución de Mayo, que apoderándose del hecho consumado como de un magnífico trozo de mármol, le dio forma y vida, y presentó a los ojos atónitos del pueblo una estatua en la que todos vieron concretadas sus aspiraciones de independencia y libertad. Firme en su propósito y fuerte en sus medios, en pocos meses destruyó el antiguo edificio colonial por medio del pensamiento y de la acción, y echó los fundamentos de una sociedad nueva a la que dotó de instituciones propias y de ideas esencialmente democráticas... Tales ejemplos no son comunes en nuestra historia, pero se han repetido más de una vez, y ellos por sí solos han impregnado con su perfume todo el camino que hemos atravesado y mucho del que queda por recorrer. Las ideas que Moreno sembró ayudado por una ilustrada minoría han sido cultivadas luego por la comunidad, luchando siempre contra el torrente de la barbarie. Cuando todos las creían extirpadas bajo las patas de los caballos de los Atilas de las pampas, han aparecido hombres como Rivadavia que las han vivificado con el soplo fecundante de la civilización, y hoy aunque marchitas y pisoteadas por los caudillos, extienden sus raíces por toda esa tierra clásica de la libertad americana, formando ese tesoro de ideas concentradas, lo que puede llamarse la República Argentina subterránea."

Esta notable reducción de Mayo a la obra y a la inspiración de un solo hombre será luego refutada por el propio autor. En la "Biografía de Manuel Belgrano", que apareció primero en la *Galería*... y que se multiplicó después en varios volúmenes, el propio Mitre ofrece evidencias de que Mayo surgió de una compleja configuración de alianzas y rivalidades, circunstancias económicas y movimientos sociopolíticos que desafían cualquier intento de comprensión fácil. Si bien Mitre es un historiador demasiado bueno para pasar por alto esos factores, de todos modos prefiere explicar el pasado apelando a la imagen del "gran hombre" y a las teorías sobre "las elites ilustradas".

Al escribir sobre Belgrano declara que "el día en que unos pocos argentinos descubrieron (sus derechos como hombres libres), la revolución empezó. La revolución, entonces, fue dirigida por una minoría ilustrada...". Para reforzar este punto de vista, Mitre alude con frecuencia a la distorsión reduccionista popularizada por Sarmiento según la cual la política argentina es sólo una lucha épica entre civilización y barbarie, con Moreno, Rivadavia y la "minoría ilustrada" porteña de un lado, y los "Atilas de las pampas" del otro.

Rivadavia y la minoría ilustrada, incluyendo a Mitre mismo, no fueron tan virtuosos como estos argumentos pretenden, ni los caudillos fueron tan bárbaros, como Mitre seguramente sabía. ¿Cómo pudo entonces Mitre, quien ciertamente no era tonto, reducir tan fácilmente Mayo y la custodia de la civilización en Sudamérica a un movimiento único de unos pocos hombres iluminados que, además, estaban inspirados por un solo individuo?

Hay varias respuestas a esta pregunta. La más repetida y la más ingenua supone que Mitre estaba simplemente siguiendo las convenciones históricas de su tiempo sobre "el gran hombre". Pero el propio Mitre ofrece una explicación mejor. En el prefacio a la *Galería de celebridades* escribe:

"La historia argentina ha sido fecunda en hombres notables... La gloria de esos hombres es la más rica herencia del pueblo argentino, y salvar del olvido su vida y sus acciones es recoger y utilizar esas herencias, en nuestro honor y en nuestro provecho. En esas vidas encontrará la generación actual modelos dignos de imitarse. En los sucesos memorables que ellas recuerdan encontrará el historiador futuro temas dignos de sus meditaciones austeras."

PRO DOMO SUA. Mitre consideraba la historia, entonces, como un relato ejemplar, una manera de dar forma al futuro. Conscientemente usó el pasado para crear una mitología nacional, una fábula orientadora cuya función principal era justificar la Argentina que él había imaginado.

Pero Mitre no pensaba sólo en el futuro. En el presente, su propia ambición, su enemistad con Urquiza y con el gobierno de Paraná, y su apoyo a la hegemonía porteña configuran el necesario subtexto para explicar la elección del material y el modo de presentarlo en todos esos escritos tempranos. En síntesis, su obra como historiador refleja las mismas inquietudes que inspiraron su actividad política y militar. Todos eran medios a través de los cuales él procuraba legitimar sus aspiraciones como líder nacional y, a la vez, el dominio de Buenos Aires sobre el resto del país.

Al describir a Moreno, Belgrano y San Martín como fuerzas básicas en la historia argentina, Mitre justifica sus ambiciones —y se justifica a sí mismo— como pensador-escritor-político-soldado que aspira a ejercer en su generación el mismo papel que él asignó a esos precursores tan cuidadosamente elegidos.

Esa fue exactamente la conclusión a la que llegó Juan Bautista Alberdi después de leer la *Historia de Belgrano*. Desde París, Alberdi sostuvo que la intención de Mitre era verter la historia argentina en el molde de un héroe militar único, hacer "un ídolo de la gloria militar, que es la plaga de nuestras repúblicas". Más adelante,

Un mes atrás apareció en Estados Unidos "The Invention of Argentina" ("La invención de la Argentina"), un ensayo de 350 páginas que propone una lectura de la construcción del país sin prejuicios ni compromisos, desde la Revolución de Mayo hasta el advenimiento de Roca en 1880. "The New York Times Book Review" calificó la obra de "discusión apasionante" y la incluyó entre las mejores de la semana. El autor es Nicolas Shumway, profesor de la Universidad de Yale y uno de los más reconocidos especialistas norteamericanos en temas argentinos. El fragmento que aquí se reproduce, seleccionado por el propio autor, se publica con su autorización y la del editor en inglés, University of California Press.

Rafael Calviño

Alberdi argumentaba que "ese error intencional de la historia, cometido por cálculo frío y egoísta de ambición", era simplemente otro ejemplo de los esfuerzos de Mitre por cubrirse de gloria como miembro de la corriente de "grandes hombres" que forman parte de la "minoría ilustrada" porteña (cf. *Grandes y pequeños hombres del Plata*).

Una ironía: el lugar de Mitre en la historia argentina nunca fue investigado tan a fondo como él lo hizo con Belgrano, San Martín y el período de la Independencia. De todas las figuras mayores del siglo XIX —Moreno, Rivadavia, Rosas, Alberdi, Sarmiento, Urquiza—, la de Mitre es la única que nunca fue estudiada en una biografía rigurosa y crítica. Quizá los historiadores lo tratan con pies de plomo porque reconocen en él a un colega que contribuyó enormemente a la historiografía argentina. Y a pesar de las inclinaciones de Mitre, los académicos actuales siguen utilizando sus insoslayables biografías de Belgrano y San Martín. Por lo demás, ninguna biblioteca de documentos originales sobre historia colonial argentina e historia del siglo XIX supera la que él logró reunir.

Otra razón de la escasez de estudios críticos sobre Mitre es, acaso, la complejidad del tema. Como Sarmiento, Mitre desafía cualquier fácil clasificación. Paradójica mezcla de brillo, heroísmo, elocuencia, ambición, oportunismo e intriga, puede ser visto desde muchos ángulos y combinación de ángulos. Ninguno de sus contemporáneos poseyó sus dotes sumadas de político, administrador, orador y líder militar. Sin duda, Sarmiento fue mejor escritor, Alberdi un pensador más claro, Urquiza un patriota más desinteresado, Vicente Fidel López un historiador más legible, y casi cualquiera fue mejor novelista y traductor. Pero ninguno tuvo todos esos talentos a la vez; ninguno, tampoco, supo poner sus méritos en un escaparate tan soberbiamente organizado para la autopromoción como el que colocó a Mitre ante la luz pública desde 1852 hasta su muerte en 1906.

LA FACIL POSTERIDAD. Aún así, Mitre es mucho más que un producto de la ambición personal y de las relaciones públicas. Después de que Urquiza quedó fuera de carrera y Mitre llegó a ser presidente, se afanó en organizar el país, fundar escuelas y universidades, escribir códigos civiles y leyes impositivas, establecer modernos sistemas bancarios y financieros, determinar la política migratoria y construir puertos, líneas telegráficas, ferrocarriles. En todas esas actividades demostró ser un imaginativo e infatigable servidor público, a tal punto que, sin Mitre, la Argentina moderna no existiría.

Pero había otro Mitre: el hombre cuyas ambiciones perturbaban continuamente el desarrollo nacional y velaban la comprensión del pasado argentino. Cuando las ambiciones personales de Mitre coincidieron con el bienestar de su país, sus actos de servicio estuvieron llenos de imaginación y celo; cuando no coincidieron, fue una peligrosa fuente de perturbación y de distorsión de la historia.

Separar el patriotismo y las ambiciones de Mitre es desalentador debido a que, en parte, su retórica liberal es todavía válida. Más allá de sus actos y de sus motivos, siempre dijo lo correcto. Sus escritos siguen impregnados del denso perfume de la elocuencia liberal, en tanto que sus acciones están en el pasado, a la espera de ser iluminadas por historiadores acuciosos.

Con elocuencia liberal atacó los planes de Urquiza para unificar el país bajo un gobierno en el que estuvieran igualmente representados Buenos Aires y las provincias; con elocuencia liberal llamó *Los Debates* a uno de sus diarios, pese a que allí todo estaba al servicio de un solo punto de vista; con elocuencia liberal llamó a su siguiente diario *La Nación*, nombre que disimulaba cuidadosamente sus prejuicios porteños; con elocuencia liberal arrastró a la Argentina a la antesala de una desastrosa guerra civil, que fue evitada sólo porque Urquiza se negó a luchar; con elocuencia liberal ayudó a librar una vergonzosa guerra contra el Paraguay; con elocuencia liberal, en fin, intentó en 1874 un golpe contra un presidente constitucional a quien sólo se podía acusar de haber derrotado a Mitre en su segunda postulación como mandatario. Si hoy Mitre es, a menudo, recordado como estadista liberal, académico, líder progresista e historiador es, en parte, porque sus palabras siguen defendiéndolo y promoviéndolo.

Cuando sus palabras fallan, sus descendientes acuden rápidamente en su ayuda. La familia Mitre es la propietaria y rectora de *La Nación*, el más poderoso de los periódicos argentinos, que a la vez ejerce una incalculable influencia sobre la vida intelectual del país controlando, simplemente, qué debe ser publicado y reseñado en sus páginas y quiénes pueden hacerlo. Con la colaboración de sus descendientes, Mitre sigue siendo casi tan inexpugnable en la muerte como lo fuera en vida. Dada la complejidad del hombre y los laberínticos caminos de la actividad intelectual en la Argentina contemporánea, no hay mejor ventana para observar las contradicciones del personaje que sus propios textos. A través de esa ventana se puede ver, más allá de sus palabras sutiles sobre la democracia y de sus notables contribuciones a la historiografía, que Mitre nunca dejó de ser el defensor de los "grandes hombres" y de las "minorías ilustradas"; es decir, el abogado de sí mismo y de aquellos que coincidían con él.

(Traducción: Tomás Eloy Martínez)

[1] *La biografía de Moreno es una reproducción de la que escribió su hermano Manuel en 1812. En la época en que la Galería... fue publicada, Manuel estaba a punto de morir. Acababa de regresar de Londres, donde había servido durante muchos años como representante de Rosas. Hay, pues, una cierta ironía en la inclusión del trabajo de Manuel en la Galería... Tómese en cuenta que, siendo él un federal devoto y un rosista leal, su obra escrita más importante fue dada a conocer dentro de una colección específicamente consagrada a justificar a sus enemigos políticos.*

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 140.000 australes). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	2	10
2	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 108.500 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas, alemanes y japoneses.	1	5
3	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 178.000 australes) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	3	4
4	*Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 294.500 australes). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*.	6	8
5	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	4	10
6	*La mitad siniestra*, por Stephen King (Grijalbo, 230.000 australes). En una de sus más violentas novelas, el autor presenta una aguda reflexión sobre la literatura *trash* a través de un escritor en lucha mortal con su seudónimo.	9	2
7	*Mentiras y secretos*, por William Gil (Vergara, 126.000 australes) Pandora Doyle, una inglesa que emigró a Nueva York, busca una primicia para una revista de modas. Encuentra una viuda millonaria y con ella se abre una caja de mentiras, secretos y asesinatos.	7	4
8	*Crónica de un iniciado*, por Abelardo Castillo (Emecé, 135.000 australes). Treinta y seis horas en una Córdoba ominosa son la excusa para el rito del viaje iniciático de Esteban Espósito, donde no faltan resonancias que van desde los 60 argentinos hasta la infaltable y fáustica sombra de Poe.	10	4
9	*Fuego a discreción*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 124.000 australes). En una novela que puede ser leída como la continuación de *Siete de oro*, el protagonista recorre las calles de un verano en Buenos Aires. Corren los últimos días de la dictadura y en su búsqueda errática encuentra una razón para seguir vivo.	—	3
10	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	—	18

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 139.500 australes). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	1	3
2	*Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 170.500 australes). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho: una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica.	5	7
3	*Robo para la corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 178.000 australes) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y el remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	—	1
4	*Proyecto '95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 124.000 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento.	2	12
5	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 120.000 australes). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino contada por sus protagonistas. Según las autoras los músicos hablan y "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	3	3
6	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 131.500 australes). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	7	13
7	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	8	23
8	*Horóscopo chino*, por Ludovica Squirru (Planeta, 75.000 australes). Predicciones 1992 para América y al estilo Ludovica Squirru: con la psicología de los doce animales del horóscopo oriental y la tirada del I Ching incluida.	—	1
9	*Cuéntame tu vida*, por Jorge Balán (Planeta, 147.200 australes). Una biografía colectiva de la historia del psicoanálisis que arranca con los pioneros y termina preguntándose por las razones que hicieron de la sociedad argentina una de las más psicoanalizadas del mundo.	4	3
10	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 387.500 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	6	22

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Adolfo Bioy Casares: **El lado de la sombra** (Tusquets). Reedición del inhallable de 1962 cuyo contenido se encontraba desperdigado a lo largo y ancho de varias antologías. Uno de los mejores libros de relatos de Bioy donde figuran el antológico "Los afanes" —cuento favorito del autor—; "Cavar un foso", con su atmósfera a la James M. Cain; y ese prodigio de la ciencia-ficción de pueblo chico que es "El calamar opta por su tinta".

Miles Davis con Quincy Troupe: **Miles** (Ediciones B). Autobiografía descarnada y tumultuosa de una de las más legítimas leyendas del jazz a este lado de Charlie "Bird" Parker. Mujeres, droga y ese sonido inconfundible que ahora se vuelve memoria.

Carnets///

ENSAYO

Los intelectuales y la

INTELECTUALES Y PODER EN LA DECADA DEL SESENTA, por Silvia Sigal. Puntosur, 259 páginas. 130.000 australes.

Qué hacen los intelectuales con la política? ¿Qué hace la política con los intelectuales? Silvia Sigal ha investigado una década, la de los años sesenta en la Argentina, en la que se produjeron acercamientos innovadores y muy sofisticados a estas cuestiones. Con el reciente *Nuestros años sesenta*, de Oscar Terán, el libro de Sigal coincide en la importancia del período por las transformaciones ocurridas en el vínculo de los intelectuales con la política y coincide también en señalar algunos ejes temáticos para pensarlas. Pero difieren en la pregunta que dispara la investigación.

Si Terán se interroga sobre la configuración de ideas que van a producir las opciones y la violencia de los setenta, Sigal parte de interrogantes más generales sobre los rasgos específicos de la Argentina respecto de América latina, en la acción política autónoma de los intelectuales progresistas respecto del Estado o los partidos tradicionales, y los caminos por los que transitaron centenares de intelectuales hacia su participación política. Encontrar estas singularidades y ordenarlas en una perspectiva sociológico-histórica está en el origen de su libro. Por lo tanto, Sigal quiere hablar sobre lo particular de una relación entre cultura y política.

Sus respuestas se apoyan en reconstrucciones cuidadosas e inteligentes. Está, para empezar, lo que denomina "identidad reformista" para referirse al corpus de ideas que tuvieron su origen en la universidad de 1918 y atravesaron distintos avatares durante el primer peronismo (que las reprimió y expulsó del espacio académico) hasta su regreso triunfal después de 1955, sólo para encontrar que, precisamente cuando la restauración del reformismo universitario parecía un hecho que reparaba la "vulnerabilidad de la universidad" frente a los cambios políticos, iban a comenzar a fracturarse tanto las certezas del reformismo como a cambiar el vínculo entre movimiento estudiantil y profesorado universitario, y entre política universitaria y política a secas.

Pero para llegar a este final de la década, Sigal recorre los cursos de la modernización universitaria iniciada en el posperonismo, con sus tópicos clásicos: acción organizativa en la fundación de instituciones de investigación científica; acción discursiva en la fundación de nuevas disciplinas en la sede académica. Y, paralelamente, los debates ideológicos que suscitan tanto el régimen de financiamiento de las investigaciones (los legendarios enfrentamientos sobre los subsidios de origen norteamericano), como la legitimidad de los objetos de investigación y los modelos de ciencia. Me detengo en estos temas del libro porque configuran un comienzo original a los años sesenta en su aspecto cultural y político.

Igual juicio merece la exposición de las consecuencias del apoyo intelectual a Frondizi y el posterior desencanto provocado por lo que se consideró una traición al programa que lo había llevado, en 1958, a la presidencia. Sigal enuncia, en este punto, una de sus interpretaciones más originales: Frondizi habría instalado una forma de pensar la acción política, basada en la alteración del nexo entre medios y fines (el famoso y desacreditado "maquiavelismo", para decirlo rápidamente), que marcó con su impronta incluso a aquellos que se alejaron del frondizismo precisamente por este motivo. Además, la idea de una política pública y una política secreta (en ocasión del famoso pacto entre Frondizi y Perón para la transferencia de votos peronistas, desmentido por algunos mientras otros lo denunciaban) adiestró a los intelectuales en la aceptación de formas no públicas de hacer política. Por otra parte, la inseguridad sobre la existencia del

FICCION

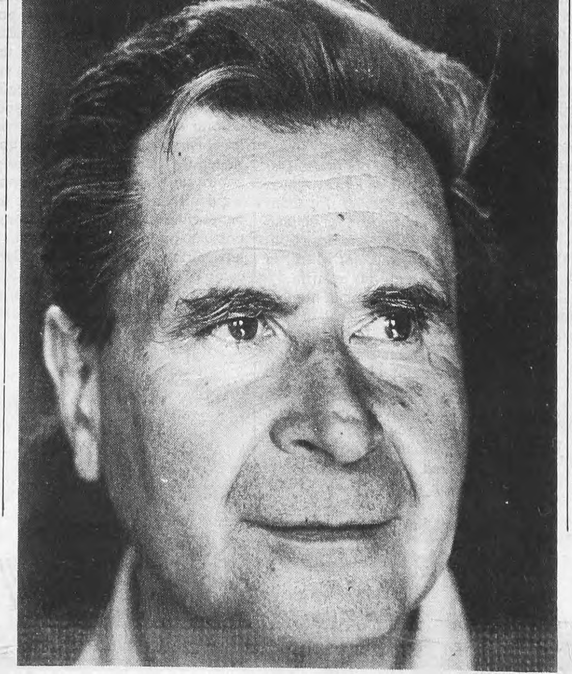
Tema del traidor y de

LA PATRIA EQUIVOCADA, por Dalmiro Sáenz. Editorial Planeta, 189 páginas, 110.250 australes.

Hay algo grotesco en los seres humanos cuando quedamos sometidos a nuestra propia curiosidad... desde la del que espía por el ojo de una cerradura hasta la del que lo hace por la lente de un microscópio, lee en una carta Juan Guiñazú en el comienzo de la novela *Latinoamérica go home*. Así, Dalmiro Sáenz anticipaba en 1988 esta equivocación patriótica de su nueva obra. Porque si en aquella entrega se llegaba a la constancia de que lo único que podía producir esta tierra eran hombres, en *La patria equivocada* la tierra elegida es esta tierra y los hombres elegidos son estos hombres. De aquí, sin ir más lejos.

Palimpsesto de sí mismo (*Sobre sus párpados abiertos caminaba una mosca, Las boludas, El día que mataron a Alfonsín*), el autor arma en una saga familiar setenta años de historia argentina.

Desechando trampas, haciendo primar el sentimiento sobre la verosimilitud de datos (como confesara en una revista de información cultural), comienza con una rebelión por motivos estéticos como lo fue el Motín de las trenzas de 1811 ese motivo estético que es la narración. ¿Meras casualidades?



Dalmiro Sáenz (1926) recorre el universo de la traición y del coraje, dando vida a personajes como Clarita: "A veces pienso que yo fui un invento de ustedes, que me hicieron como estamos todos haciendo este país"; o como Clorindo: "No hay nada más asqueroso que hacer lo mismo todo el tiempo, eso no es vida"; o como Lucía, la maestra que goza de la maravilla de ser una mujer desnuda en un mundo vestido; o como los tenientes López y Requejo ofreciendo sus cabezas a una mira telescópica sin saberlo.

Mostrando todos sus vidas, sus miserias y sus motivos de orgullo. Redescubriendo el silencioso lenguaje del desierto, esa distancia que impide oír, ver y ser con claridad. Distancia donde todo es el sol y se muere indefectiblemente por un trago de agua.

La patria equivocada está elaborada como una subversión constante del signo. Lugar donde todo se torna desproporcionado. Desde el minúsculo acontecimiento detallado con pelos y señales hasta los puntos cruciales de la obra expresados, magistralmente, en un silencio. Territorio de enigmas a descubrir por el lector. Hay páginas de angustia indescriptible cuando los indios acosan a Clorindo, copiándose entre perseguidores y perseguido las desenfrenadas cabalgatas o las nocturnas detenciones. Huida y búsqueda en espejo en una escena casi cinematográfica.

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 140.000 australes). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	2	10
2	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 108.500 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas, alemanes y japoneses.	1	5
3	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 178.000 australes) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	3	4
4	*Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 294.500 australes). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*.	6	8
5	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	4	10
6	*La mitad siniestra*, por Stephen King (Grijalbo, 230.000 australes). En una de sus más violentas novelas, el autor presenta una aguda reflexión sobre la literatura *trash* a través de un escritor en lucha mortal con su seudónimo.	9	2
7	*Mentiras y secretos*, por William Gil (Vergara, 126.000 australes) Pandora Doyle, una inglesa que emigró a Nueva York, busca una primicia para una revista de modas. Encuentra una viuda millonaria y con ella se abre una caja de mentiras, secretos y asesinatos.	7	4
8	*Crónica de un iniciado*, por Abelardo Castillo (Emecé, 135.000 australes). Treinta y seis horas en una Córdoba ominosa son la excusa para el rito del viaje iniciático de Esteban Espósito, donde no faltan resonancias que van desde los 60 argentinos hasta la infaltable y fáustica sombra de Poe.	10	4
9	*Fuego a discreción*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 124.000 australes). En una novela que puede ser leída como la continuación de *Siete de oro*, el protagonista recorre las calles de un verano en Buenos Aires. Corren los últimos días de la dictadura y en su búsqueda errática encuentra una razón para seguir vivo.	—	3
10	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en África durante la guerra de Angola.	—	18

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 139.500 australes). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	1	3
2	*Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 170.500 australes). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho: una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica.	5	7
3	*Robo para la corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 178.000 australes) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y el remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	—	1
4	*Proyecto '95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 124.000 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento.	2	12
5	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 120.000 australes). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino contada por sus protagonistas. Según las autoras los músicos hablan y "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	3	3
6	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 131.500 australes). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	7	13
7	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	8	23
8	*Horóscopo chino*, por Ludovica Squirru (Planeta, 75.000 australes). Predicciones 1992 para América y al estilo Ludovica Squirru: con la psicología de los doce animales del horóscopo oriental y la tirada del I Ching incluida.	—	1
9	*Cuéntame tu vida*, por Jorge Balán (Planeta, 147.200 australes). Una biografía colectiva de la historia del psicoanálisis que arranca con los pioneros y termina preguntándose por las razones que hicieron de la sociedad argentina una de las más psicoanalizadas del mundo.	4	3
10	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 387.500 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	6	22

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Adolfo Bioy Casares: **El lado de la sombra** (Tusquets). Reedición del inhallable de 1962 cuyo contenido se encontraba desperdigado a lo largo y ancho de varias antologías. Uno de los mejores libros de relatos de Bioy donde figuran el antológico "Los afanes" —cuento favorito del autor—; "Cavar un foso", con su atmósfera a la James M. Cain; y ese prodigio de la ciencia-ficción de pueblo chico que es "El calamar opta por su tinta".

Miles Davis con Quincy Troupe: **Miles** (Ediciones B). Autobiografía descarnada y tumultuosa de una de las más legítimas leyendas del jazz a este lado de Charlie "Bird" Parker. Mujeres, droga y ese sonido inconfundible que ahora se vuelve memoria.

Carnets///

ENSAYO

Los intelectuales y la política

INTELECTUALES Y PODER EN LA DECADA DEL SESENTA, por Silvia Sigal. Puntosur, 259 páginas. 130.000 australes.

Qué hacen los intelectuales con la política? ¿Qué hace la política con los intelectuales? Silvia Sigal ha investigado una década, la de los años sesenta en la Argentina, en la que se produjeron acercamientos innovadores y muy sofisticados a estas cuestiones. Con el reciente *Nuestros años sesenta*, de Oscar Terán, el libro de Sigal coincide en la importancia del período por las transformaciones ocurridas en el vínculo de los intelectuales con la política y coincide también en señalar algunos ejes temáticos para pensarlas. Pero difieren en la pregunta que dispara la investigación.

Si Terán se interroga sobre la configuración de ideas que van a producir las opciones y la violencia de los setenta, Sigal parte de interrogantes más generales sobre los rasgos específicos de la Argentina respecto de América latina, en la acción política autónoma de los intelectuales progresistas respecto del Estado o los partidos tradicionales, y los caminos por los que transitaron centenares de intelectuales hacia su participación política. Encontrar estas singularidades y ordenarlas en una perspectiva sociológico-histórica está en el origen de su libro. Por lo tanto, Sigal quiere hablar sobre lo particular de una relación entre cultura y política.

Sus respuestas se apoyan en reconstrucciones cuidadosas e inteligentes. Está, para empezar, lo que denomina "identidad reformista" para referirse al corpus de ideas que tuvieron su origen en la universidad de 1918 y atravesaron distintos avatares durante el primer peronismo (que las reprimió y expulsó del espacio académico) hasta su regreso triunfal después de 1955, sólo para encontrar que, precisamente cuando la restauración del reformismo universitario parecía un hecho que reparaba la "vulnerabilidad de la universidad" frente a los cambios políticos, iban a comenzar a fracturarse tanto las certezas del reformismo como a cambiar el vínculo entre movimiento estudiantil y profesorado universitario, y entre política universitaria y política a secas.

Pero para llegar a este final de la década, Sigal recorre los cursos de la modernización universitaria iniciada en el posperonismo, con sus tópicos clásicos: acción organizativa en la fundación de instituciones de investigación científica; acción discursiva en la fundación de nuevas disciplinas en la sede académica. Y, paralelamente, los debates ideológicos que suscitan tanto el régimen de financiamiento de las investigaciones (los legendarios enfrentamientos sobre los subsidios de origen norteamericano), como la legitimidad de los objetos de investigación y los modelos de ciencia. Me detengo en estos temas del libro porque configuran un comienzo original a los años sesenta en su aspecto cultural y político.

Igual juicio merece la exposición de las consecuencias del apoyo intelectual a Frondizi y el posterior desencanto provocado por lo que se consideró una traición al programa que lo había llevado, en 1958, a la presidencia. Sigal enuncia, en este punto, una de sus interpretaciones más originales: Frondizi habría instalado una forma de pensar la acción política, basada en la alteración del nexo entre medios y fines (el famoso y desacreditado "maquiavelismo", para decirlo rápidamente), que marcó con su impronta incluso a aquellos que se alejaron del frondizismo precisamente por este motivo. Además, la idea de una política pública y una política secreta (en ocasión del famoso pacto entre Frondizi y Perón para la transferencia de votos peronistas, desmentido por algunos mientras otros lo denunciaban) adiestró a los intelectuales en la aceptación de formas no públicas de hacer política. Por otra parte, la inseguridad sobre la existencia del pacto habría permitido evaluar los votos recibidos por Frondizi como disolución del vínculo entre masas y líder en el exilio, preparando así el terreno para operaciones de conquista ideológica de esas masas, a las que se imaginaba políticamente disponibles. No otra cosa se propusieron intelectuales marxistas que, hacia 1960, se organizan en diferentes agrupaciones, revistas, partidos nuevos y nuevas fracciones de viejos partidos. Tampoco se propusieron otra cosa los intelectuales de origen nacionalista que, acusando a la izquierda de ceguera frente a la realidad argentina, aspiraron también a interpretar el peronismo, lo que, a no dudarlo, significó hacer de él algo bastante diferente de lo que el mismo Perón, más discreto y conservador en éste como en otros temas, opinaba sobre su movimiento.

Las interpretaciones nuevas del peronismo tienen como contraparte, en el estudio de Sigal, las operaciones de separación de identidad peronista e identidad obrera. Ambas soluciones ideológicas a la cuestión peronista evocan, como fantasma, la colocación de la intelectualidad antiperonista hasta 1955 y, sobre todo, un hecho que Sigal juzga esencial como experiencia política: la fractura del frente antiperonista después de la Revolución Libertadora.



El recorrido por *Intelectuales y poder en la década del sesenta* proporciona también ideas sugerentes sobre la relación arte y política, que se renueva a partir del segundo comienzo de la década, puntualmente en 1960. Se articuló entonces, afirma Sigal, un espacio cultural sensible a las renovaciones europeas y americanas (cuyo icono fue el Instituto Di Tella). Al mismo tiempo se escribió un capítulo de la conflictiva relación entre cultura y política, conflicto cuyos diferentes exorcismos incluyeron, de modo muy central, la legitimación cubana y revolucionaria de nuevas estéticas; pero también debates sobre literatura argentina como los protagonizados por los intelectuales faros de la izquierda nacional.

Toda reconstrucción de un período elige, elude, corta y arma su objeto. Sigal no es una excepción a esta práctica a la que sólo podría oponerse el imposible mapa de China grande como China. Cada lector encontrará entonces la fisura por donde su propio objeto ausente pugnará por mostrarse más largamente. Como el libro me gusta mucho, no vacilo en nombrar el mío: la CGT de Paseo Colón dirigida por Ongaro, sobre el final del período, que fue un experimento de confluencia de varias de las líneas que Sigal recorre. En su sede, incluso, tuvo lugar la instalación, que hoy llamaríamos de multimedia, *Tucumán arde* (en su versión porteña, precedida por una rosarina), que se menciona varias veces en el texto. Quizás el último avatar sindical-político antes de que las cosas se pusieran verdaderamente violentas: aunque ya la violencia estaba llegando y fue en la sede de Paseo Colón, aunque no sólo allí, donde se habló sobre la guerrilla de Taco Ralo. Pero, el libro de Sigal lleva a pensar que esta sombra de la guerrilla sobre la organización sindical no era la única posibilidad abierta entonces, cuando las intervenciones sobre sociedad, política y cultura mostraban todavía una complejidad surgida de prácticas intelectuales que exhibían sus discursos como fundación de nuevas alternativas para la política.

BEATRIZ SARLO

FICCION

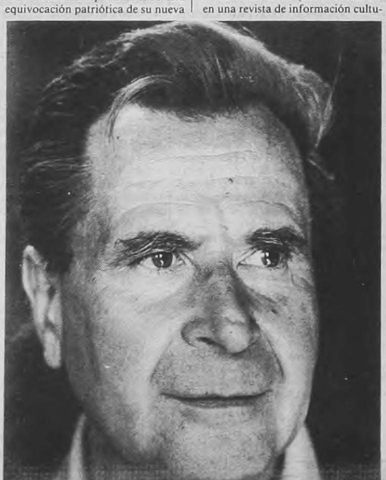
Tema del traidor y del héroe

LA PATRIA EQUIVOCADA, por Dalmiro Sáenz. Editorial Planeta, 189 páginas, 110.250 australes.

Hay algo grotesco en los seres humanos cuando quedamos sometidos a nuestra propia curiosidad... desde la del que espía por el ojo de una cerradura hasta la del que lo hace por la lente de un microscopio, lee en una carta Juan Guiñazú en el comienzo de la novela *Latinoamérica go home*. Así, Dalmiro Sáenz anticipaba en 1988 esta equivocación patriótica de su nueva obra. Porque si en aquella entrega se llegaba a la constancia de que lo único que podía producir esta tierra eran hombres, en *La patria equivocada* la tierra elegida es esta tierra y los hombres elegidos son estos hombres. De aquí, sin ir más lejos.

Palimpsesto de sí mismo (*Sobre sus párpados abiertos caminaba una mosca, Las boludas, El día que mataron a Alfonsín*), el autor arma en una saga familiar setenta años de historia argentina.

Desechando trampas, haciendo primar el sentimiento sobre la verosimilitud de datos (como confesara en una revista de información cultural), comienza con una rebelión por motivos estéticos como lo fue el Motín de las trenzas de 1811 ese motivo estético que es la narración. ¿Meras casualidades?



Dalmiro Sáenz (1926) recorre el universo de la traición y del coraje, dando vida a personajes como Clarita: "A veces pienso que yo fui un invento de ustedes, que me hicieron como estamos todos haciendo este país"; o como Clorindo: "No hay nada más asqueroso que hacer lo mismo todo el tiempo, eso no es vida"; o como Lucía, la maestra que goza de la maravilla de ser una mujer desnuda en un mundo vestido; o como los tenientes López y Requejo ofreciendo sus cabezas a una mira telescópica sin saberlo.

Mostrando todos sus vidas, sus miserias y sus motivos de orgullo. Redescubriendo el silencioso lenguaje del desierto, esa distancia que impide oír, ver y ser con claridad. Distancia donde todo es el sol y se muere indefectiblemente por un trago de agua.

La patria equivocada está elaborada como una subversión constante del signo. Lugar donde todo se torna desproporcionado. Desde el minúsculo acontecimiento detallado con pelos y señales hasta los puntos cruciales de la obra expresados, magistralmente, en un silencio. Territorio de enigmas a descubrir por el lector. Hay páginas de angustia indescriptible cuando los indios acosan a Clorindo, copiándose entre perseguidores y perseguido las desenfrenadas cabalgatas o las nocturnas detenciones. Huida y búsqueda en espejo en una escena casi cinematográfica.

La desobediencia de la mano izquierda que fuerza a cambiar las ideas ante su imposibilidad para escribirlas, la carencia de asombro ante un encuentro eventual (código de las grandes llanuras), la mirada entre dos hombres, uno de ellos convertido en un animal arisco, repasando su memoria del pasado y su memoria del futuro o una mujer masturbándose ante alguno de los dos curas a los que sirve de empleada, sin saber nunca por qué ni para qué: todo es contado como si formara parte de otra historia que, para siempre, nos está vedada.

Orgullo deslumbrante del hombre montado a un caballo, luz sudorosa cabalgando detrás de un sueño de justicia o sabiduría solitaria del hombre de a pie. El autor dibuja este plano de la diferencia pensándose a sí mismo como otra persona. Ser el otro que amará el cuerpo recorrido de la mujer amada. Ser el otro López para enamorarse de la presa en plena cacería. Ser el otro para que la distancia se acorte entre hombre y mujer, entre cazador y cazado, entre víctima y verdugo. Ser el otro que definitivamente atravesará la historia.

La patria equivocada se lee como un perfecto rompecabezas, el cual admite tres momentos de tensión. El primero, en el que todas las fichas están diseminadas sin sentido aparente. El segundo, cuando el paisaje se encuentra consumado y en consonancia con el objetivo planteado. Y el tercero, cuando las fichas ya fueron guardadas y queda sobre la mesa el rotundo silencio de lo que hasta hace un momento era un signo.

MIGUEL RUSSO

política

pacto habría permitido evaluar los votos recibidos por Frondizi como disolución del vínculo entre masas y líder en el exilio, preparando así el terreno para operaciones de conquista ideológica de esas masas, a las que se imaginaba políticamente disponibles. No otra cosa se propusieron intelectuales marxistas que, hacia 1960, se organizan en diferentes agrupaciones, revistas, partidos nuevos y nuevas fracciones de viejos partidos. Tampoco se propusieron otra cosa los intelectuales de origen nacionalista que, acusando a la izquierda de ceguera frente a la realidad argentina, aspiraron también a interpretar el peronismo, lo que, a no dudarlo, significó hacer de él algo bastante diferente de lo que el mismo Perón, más discreto y conservador en éste como en otros temas, opinaba sobre su movimiento.

Las interpretaciones nuevas del peronismo tienen como contraparte, en el estudio de Sigal, las operaciones de separación de identidad peronista e identidad obrera. Ambas soluciones ideológicas a la cuestión peronista evocan, como fantasma, la colocación de la intelectualidad antiperonista hasta 1955 y, sobre todo, un hecho que Sigal juzga esencial como experiencia política: la fractura del frente antiperonista después de la Revolución Libertadora.

El recorrido por *Intelectuales y poder en la década del sesenta* proporciona también ideas sugerentes sobre la relación arte y política, que se renueva a partir del segundo comienzo de la década, puntualmente en 1960. Se articuló entonces, afirma Sigal, un espacio cultural sensible a las renovaciones europeas y americanas (cuyo icono fue el Instituto Di Tella). Al mismo tiempo se escribió un capítulo de la conflictiva relación entre cultura y política, conflicto cuyos diferentes exorcismos incluyeron, de modo muy central, la legitimación cubana y revolucionaria de nuevas estéticas; pero también debates sobre literatura argentina como los protagonizados por los intelectuales faros de la izquierda nacional.

Toda reconstrucción de un período elige, elude, corta y arma su objeto. Sigal no es una excepción a esta práctica a la que sólo podría oponerse el imposible mapa de China grande como China. Cada lector encontrará entonces la fisura por donde su propio objeto ausente pugnará por mostrarse más largamente. Como el libro me gusta mucho, no vacilo en nombrar el mío: la CGT de Paseo Colón dirigida por Ongaro, sobre el final del periodo, que fue un experimento de confluencia de varias de las líneas que Sigal recorre. En su sede, incluso, tuvo lugar la instalación, que hoy llamaríamos de multimedia, *Tucumán arde* (en su versión porteña, precedida por una rosarina), que se menciona varias veces en el texto. Quizás el último avatar sindical-político antes de que las cosas se pusieran verdaderamente violentas: aunque ya la violencia estaba llegando y fue en la sede de Paseo Colón, aunque no sólo allí, donde se habló sobre la guerrilla de Taco Ralo. Pero, el libro de Sigal lleva a pensar que esta sombra de la guerrilla sobre la organización sindical no era la única posibilidad abierta entonces, cuando las intervenciones sobre sociedad, política y cultura mostraban todavía una complejidad surgida de prácticas intelectuales que exhibían sus discursos como fundación de nuevas alternativas para la política.



BEATRIZ SARLO

héroe

La desobediencia de la mano izquierda que fuerza a cambiar las ideas ante su imposibilidad para escribirlas, la carencia de asombro ante un encuentro eventual (código de las grandes llanuras), la mirada entre dos hombres, uno de ellos convertido en un animal arisco, repasando su memoria del pasado y su memoria del futuro o una mujer masturbándose ante alguno de los dos curas a los que sirve de empleada, sin saber nunca por qué ni para qué: todo es contado como si formara parte de otra historia que, para siempre, nos está vedada.

Orgullo deslumbrante del hombre montado a un caballo, luz sudorosa cabalgando detrás de un sueño de justicia o sabiduría solitaria del hombre de a pie. El autor dibuja este plano de la diferencia pensándose a sí mismo como otra persona. Ser el otro que amará el cuerpo recorrido de la mujer amada. Ser el otro López para enamorarse de la presa en plena cacería. Ser el otro para que la distancia se acorte entre hombre y mujer, entre cazador y cazado, entre víctima y verdugo. Ser el otro que definitivamente atravesará la historia.

La patria equivocada se lee como un perfecto rompecabezas, el cual admite tres momentos de tensión. El primero, en el que todas las fichas están diseminadas sin sentido aparente. El segundo, cuando el paisaje se encuentra consumado y en consonancia con el objetivo planteado. Y el tercero, cuando las fichas ya fueron guardadas y queda sobre la mesa el rotundo silencio de lo que hasta hace un momento era un signo.

MIGUEL RUSSO

CESAR BISSO*

Estos textos son un adelanto del libro "A pesar de nosotros", de César Bisso (Santa Fe, 1952), que esta semana publica el sello Ediciones Correo Latino. Entre la obra anterior del poeta se cuentan "La agonía del silencio" (1976), "El límite de los días" (1986) y "El otro río" (1990).

LA NUEVA POESIA

A pesar de nosotros

TANGO

Nostálgicos bandoneones
evocando amores en ruinas,
prostitutas alertas
con sus cajas registradoras
bajo los vestidos,
ambulancias y patrulleros
cabalgando sobre sirenas
tan certeras como siniestras,
nido de niños espantados
entre los huecos de las autopistas,
vivencias de poetas avinagrados
por el vino pobre de los almacenes,
callejones que rondan los arrabales,
ilusiones de neón,
suicidas sin horario,
baldíos, aullidos, zaguanes,
fétidos conventillos
y casonas perfumadas de olvido.

Son algunas trivialidades
de una noche cualquiera
en Buenos Aires.



MEMORIA DE UN PUEBLO

No hay otro sonido que retumbe tanto
en los túneles furtivos de la historia
como la memoria de un pueblo en agonía.

Ingrávida hechicera de las sombras,
ella anda con su magia encendida
por los pesares y las furias del pasado.

No invoca códigos ni apresura calendarios,
tampoco lee misceláneas redentoras
trazadas en las páginas fugaces del Poder.

Y aun desahuciada por virtud de la herejía
raudamente reconstituye la estatura
cuando ese pueblo la evoca para no morir.

Sólo el amor calma la dolencia del tiempo.

EDITORES VERSUS AUTORES

Más relaciones peligrosas

Lamentablemente el espacio para la disculpa es siempre inferior al del insulto. He sido objeto de difamación por parte del señor Bayer en la mesa redonda publicada por este diario el 24 de noviembre pasado. Más allá de las acciones legales que emprenda contra ese señor, ruego de usted se publiquen las siguientes puntualizaciones:

1) El señor Bayer firmó contrato con la Editorial Bruguera, y a esa empresa entregó las planchas de su libro. Entre las responsabilidades que correspondían a mis cargos de director y gerente ejecutivo estaba la de firmar los contratos de edición; en todos los casos lo hacía en nombre y representación de la editorial, no en el mío propio.

2) El señor Walter Merlini ocupó el cargo de gerente comercial, no siendo inherente al mismo recibir planchas y liquidar derechos de autor.

3) El libro del señor Bayer fue publicado en mayo de 1984, y su primera liquidación le correspondía en diciembre de ese mismo año.

4) Renuncié a mis cargos en Editorial Bruguera en noviembre de 1984. Desconozco si se le efectuó o no esa liquidación.

5) Si le cabe hacer algún reclamo al señor Bayer tendrá que hacerlo ante la Editorial Bruguera Argentina.

6) Personalmente para obtener el pago de montos que esa editorial me adeuda tuve que iniciar juicio laboral en el Juzgado 48, que tuvo sentencia favorable en marzo de 1991.

7) Tanto mi hermano como yo continuamos viviendo en los domicilios que teníamos cuando el señor Bayer concurrió a Bruguera con el propósito de editar su libro.

8) No somos mellizos, no vivimos en Chile y jamás editamos libros en negro, ni en aquel país ni en ningún otro.

Atentamente.

Jorge J. Merlini

ENTREVISTA CON ADOLFO BIOY CASARES

Cómo escribí algunos de mis libros

ROBERT LOUIT

La lejanía del suelo natal suele inducir a los hombres a exponerse sin timidez. Los jefes de Estado hablan a menudo con mayor libertad en sus viajes al extranjero que en las conferencias de prensa de sus palacios oficiales. Lo mismo sucede con los escritores. Hay una cierta voluntad de confesión, un vago sentimiento de impunidad en las declaraciones vertidas en otra parte.

Tal es la sorpresa que aporta la entrevista de *Magazine Littéraire* al último Premio Cervantes, Adolfo Bioy Casares. Tras los homenajes que le tributaron en Alcalá de Henares a fines de julio, Bioy pasó por París, donde sus dos últimos libros, *Aventuras de un fotógrafo en La Plata* y *Una muñeca rusa* (traducidos por Christian Bourgois y Robert Laffont), levantaron ráfagas de entusiasmo.

—Una muñeca rusa *incluye dos de los relatos más notables de toda su obra. Primero, "Catón", un texto que debiera ser leído por todos los creadores a los que preocupa la noción de compromiso. ¿Cómo surgió la idea de ese cuento?*

—A decir verdad, no lo sé. No ceso de interrogarme sobre las relaciones entre arte y política. Fracasé muchas veces al preguntármelo porque no supe responder. Mi compromiso excluyente es con la literatura. La idea de "Catón" se remonta a 1934. En *Vidas de poetas ingleses*, de Samuel Johnson, leí la historia de Joseph Addison. Allí se decía que la primera vez que el teatro alcanzaba una resonancia política era en el *Catón*, de Addison. He ahí una historia, me dije. Pero fue preciso que pasaran 53 años para que la historia se asentara en mi espíritu.

—*Su obra entera habla de cómo los otros aparecen y desaparecen en nuestras vidas. Es una preocupación fantástica en sí misma, y no hay necesidad de ir mucho más allá para extraer de eso un relato fantástico.*

—Tiene usted razón. A veces siento que la vida misma, con ese ir y venir de la gente, es ya una literatura fantástica. Porque, ¿sabe?, yo no ando en busca de relatos fantásticos. Ellos son una especie de hábito en mí. Con frecuencia cito una frase de Samuel Johnson en la que condena a "los autores de esas novelas bárbaras que recurren a un gigante o a un enano para estimular al lector". Yo soy un autor que necesita un enano o un gigante para estimularse a sí mismo. Quisiera escribir otra cosa pero fatalmente me encuentro con mi enano o mi gigante. Muchas veces he inventado librarme de lo fantástico, pero en seguida he vuelto a caer. Quizá, sin lo fantástico, me sentiría empobrecido. Desde que adquirí el hábito de inventar cosas fantásticas, ellas me llaman. Por lo general, cuento la vida tal como es, poniendo en las descripciones del mundo real todo lo que siento por la vida y por la gente, pero de pronto aparece un detalle que cambia las cosas. Y ese detalle, tal vez, es el que me impulsa a escribir la historia.

—*En Francia no se conocen sus primeras obras. Sabemos que usted preferiría olvidarlas y que considera* La invención de Morel *como su verdadera puerta de entrada a la literatura. ¿Podría darnos una idea de qué fueron esos primeros libros? ¿Tienen algo que ver con lo que escribió después?*

—Seguramente sí tienen, porque el autor es el mismo. Pienso que fueron libros de aprendizaje. Lo único positivo es que trabajé mucho en ellos, escribí muchos borradores. Cometí todos los errores posibles de la inmadurez. Yo leía, quería leer todos los libros, y a la vez quería escribir tantos libros como los que leía, y jugar al tenis, y salir con mujeres. Llevaba esa clase de vida. Naturalmente, carecía de elementos para escribir buena literatura. Por lo tanto, lo que escribí fue malo y abundante. Entre 1927 y 1940 publiqué seis libros y dejé tres o cuatro novelas inconclusas. Pienso que *La nueva tormenta*, la única novela que publiqué, fue el peor de todos esos libros. Seudorrealista, horrible. Además están *El problema de la torre china* y *Un puñal en el sueño*. Publiqué también una colección de cuentos fantásticos, *Diecisiete disparos contra lo porvenir*.

Bioy Casares, que ha sido siempre muy parco en revelaciones, confió a la revista mensual "Magazine Littéraire" muchos de esos secretos que los lectores argentinos desconocían.

—*¿Qué cambió, entonces, con* La invención de Morel?

—Comencé a escribir *Morel* el año en que publiqué el último de esos libros malos, *Luis Greve, muerto*. Después de la publicación descubrí que había en la guía de teléfonos un Luis Greve, y confiaba en que él no vería nunca el libro, del que felizmente se tiraron sólo quinientos ejemplares. Con el *Morel* tenía una buena historia para contar y traté de corregir no sólo mi escritura. También quise corregirme a mí mismo. Se trataba de no caer en mis errores y horrores habituales. Para evitar los errores, escribía frases cortas, lo que también era un error. Me gustaban mucho las frases cortas cuando era todavía un muchacho. A los dos días de conocer a Borges, me preguntó qué autores me gustaban. En esa época me gustaba Azorín. Borges me dijo: "Ah sí, es alguien que escribe frases cortas, ¿no?". Sentí en su voz un dejo peyorativo. Creí que ésa era una señal de calidad, pero fui dándome cuenta de que tenía razón, que la expresión del pensamiento resultaba más agradable, más plena de matices cuando las frases eran un poco más largas. Las frases cortas son buenas en ciertos lugares, cuando se necesita decir las cosas con energía, pero todo un libro escrito de esa manera acaba por tener un aliento desagradable, por resultar sofocante.

—*Sus dos primeras novelas "buenas" forman una pareja. En* La invención de Morel, *alguien desea entrar en un mundo del que ha sido excluido; en* Plan de evasión, *los personajes desean salir de un mundo en el que se sienten prisioneros.*

—La idea de *Plan de evasión* se me ocurrió mientras estaba trabajando en el *Morel*, y me puse a escribir esa novela enseguida. El relato sucedía en otra isla, y me entusiasmaba estéticamente moverme en una dirección contraria a la del primer libro. Durante algún tiempo pensé que podría publicarlos simultáneamente, pero como he dicho, soy muy lento, y con *Plan de evasión* me fue peor que con el *Morel*, tardé cinco años.

—*Es un caso raro, tal vez único, de "novela fantástica filosófica". Fue la filosofía la que le proporcionó los elementos fantásticos.*

—El origen de *Plan de evasión* está en la idea del conocimiento del obispo Berkeley. Al pensar en la afirmación de que el conocimiento llega a nosotros a través de los sentidos, se me ocurrió que, con los sentidos cambiados, las cosas serían otras. Si pudiéramos ver a los átomos moviéndose lentamente, la forma del mundo nos parecería distinta. La novela entera parte de ese punto. Wilcock solía decirme que la filosofía es, por sí sola, una antología de literatura fantástica.

—*¿No le parece que tanto en Wilcock como en Borges, Silvina Ocampo y usted, hay una sensibilidad, un gusto por lo fantástico que son propios de la Argentina y que se diferencian notablemente de las otras literaturas latinoamericanas: sin los elementos barrocos y lujuriantes de un García Márquez, y con una mayor dosis de intimismo?*

—En la Argentina no tenemos más remedio que ser así. Somos un país vacío, sin color local, poblado por europeos. Sería falso, por lo tanto, situar nuestras historias en la jungla. No tenemos colores. Buenos Aires es una ciudad sin color, casi transparente. Lo fantástico entre nosotros viene de autores que han leído a los maestros ingleses y que se han inspirado en ellos. Su origen está más en la literatura que en el propio país.

(Traducción: T.E.M.)

EL CAZADOR OCULTO

Silvia Fernández Barrios, animadora.

Decime una cosa, Ivo (Cutzarida): ¿vos creés que sos un seductor? ¿Cuándo te diste cuenta que matabas con las chicas?... Porque mueren, ¿eh?, mueren (...). La timidez a algunas mujeres les fascina, ¿viste que lo ven?... pintón y encima medio tímido, ya les agarra hasta la maternidad (...). Decime, Ivo, con este permanente hecho de ser, por ejemplo, casi como un objeto... sexual o sensual, un objeto de mirar... porque sos pintón, porque sos simpático, porque sos agradable... ¿Vos siempre seducís con un fin?

Cinco mujeres. Diciembre 2.

Nicolás Repetto, animador; **Marta González**, actriz.

MG: Hay que ver qué pasa (con el plan económico del Gobierno). Le tenemos que dar tiempo...

NR: ¿No estás triunfalista y exitista y que ya lo tenemos...?

MG: No, si para eso están todos los gorilas.

Fax. Canal 13. Noviembre 26, 14 hs.

José Oneto, animador.

(Carlos Menem) es totalmente diferente a Raúl Alfonsín. Menem es un producto difícil de explicar a los españoles (...). Menem tiene probablemente de peronista lo que yo tengo de brigadier.

Cinco mujeres. ATC. Noviembre 26, 15.15 hs.

Liliana Caldini, animadora.

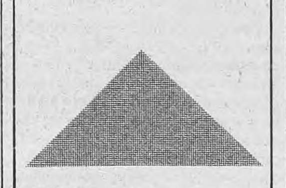
Yo estoy fascinada con el cepo (para los automóviles mal estacionados)... Yo adoro el orden.

Cinco mujeres. ATC. Noviembre 28, 14.33 hs.

Silvia Fernández Barrios.

Tenemos un montón de chicos que escuchan las cosas que ven y oyen.

Cinco mujeres. ATC. Noviembre 27. 14.39 hs.



FIN DE UNA SERIE DE EPOCA

Conejo sin suerte

Fueron necesarias cuatro novelas para que uno de los personajes más reveladores en cuanto al american way of life accediera, después de cuarenta años, a un justo descanso. John Updike, su exitoso creador, explica la verdad de un hombre desafortunado.

JOHN UPDIKE

Rabbit at Rest es el cuarto y último de mis así llamados libros Conejo. Cada uno de ellos transcurre durante el noveno año de una década y fue escrito más o menos en esa misma época.

Escribí el primero de ellos, *Rabbit, Run*, en 1959 sin haber pensado siquiera que tendría una secuela. El autor de ese libro era un hombre joven, creo que de 27 años, que había recibido la beca Guggenheim bajo compromiso de escribir una novela (así pues, habiendo aceptado la beca, me sentí obligado a escribir el libro). Yo antes había publicado uno, la brevísima novela *The Poorhouse Fair* (La feria del hospicio). Me sentí como un corredor de velocidad. Si alguien conocía mi nombre era por mis contribuciones a la revista *The New Yorker*. Mi idea original era escribir dos noveletas, unidas en un solo volumen, que marcaran el contraste entre dos aproximaciones al juego de la vida: una sería la del conejo, un enfoque un tanto esquivo —espontáneo, irreflexivo, asustadizo, de ahí el nombre de mi personaje, Angstrom— y la segunda sería como la actitud del caballo frente a la vida: colocarse los arreos y arrastrar la carga hasta caer desfallecido. Esto fue, a la postre, *The Centaur* (El centauro). Pero antes comencé el libro del Conejo.

Según mi concepción de la obra, la subtitulé "una película"; imaginé la escena inicial como algo que discurriría en la pantalla al mismo tiempo que aparecieran en ella los créditos y observé que la conjugación en presente correspondía al perpetuo presente que experimentamos en el cine. En las películas no existe realmente el pasado; las cosas ocurren una tras otra delante de nosotros. A fines de los cincuenta, la conjugación en presente no era un recurso usual en la literatura estadounidense.

De este modo la oración en presente demostró su eficacia; entonces escribí y escribí en un cuartito ubicado en la esquina de East Street y Country Road en Ipswich, Massachusetts, población a la que me mudé para alejarme de los encantos y distracciones de la ciudad de Nueva York. Estaba provisionalmente allí, averiguando si podría ser un escritor independiente.

Como quiera que fuese, terminé la obra: era en realidad un libro en toda forma, demasiado largo para incluir en él la novela del caballo, que escribí entonces como un libro aparte. Esa es, por supuesto, la forma en que acumulamos todo un estante de obras; cada idea se va subdividiendo y se vuelve dos y luego cuatro; de este modo es posible escribir 37 libros sin haber tenido muchas ideas.

Rabbit, Run fue publicado, las ventas resultaron aceptables y la crítica justa. La gente me hacía preguntas sobre el final: le parecía ambiguo. ¿Qué pasó realmente? La última vez que vemos al héroe, éste va corriendo. Yo había pensado que la inmersión de Conejo en el ciego acto de correr era un final suficiente para la novela; no creí que pudiéramos necesitar más información.

El decenio pasó, un decenio que me trajo buenas y malas noticias, igual que a todo el país.

Yo había escrito un libro intitulado *Couples* (Parejas), que se vendió en cantidad suficiente para hacerme sentir que tenía derecho de escribir un largo poema, donde hablaría de mí mismo, creyendo falsamente que podría interesarle a la gente. Sin embargo, hice el útil descubrimiento de que un autor sólo interesa como relator de historias, como el conducto por medio del cual ciertos hechos imaginarios llegan a la página impresa.

A raíz de esto surgió en mí la idea de hacer una especie de tetralogía de Pennsylvania. Había escrito un libro futurista, *The Poorhouse Fair*, otro que transcurre en el presente, *Rabbit, Run*, uno más que que se desarrolla en el pasado memorable, *The Centaur*, y quería escribir una novela histórica en torno de James Buchanan, el único presidente nacido en Pennsylvania (un hombre fascinante, al menos para mí). Investigué mucho y hasta empecé a soñar con él. Una mañana desperté y le dije a mi esposa, "James Buchanan es mi mejor amigo".

Una cosa es enamorarse de James Buchanan y otra tratar de escribir una novela histórica. Me di cuenta de que no me resolvería a hacer todas las simulaciones necesarias para escribir ese tipo de novela. Como nunca he vivido en una cabaña de madera, me sentí inhibido para describirla; jamás participé en una conferencia parlamentaria en el Washington del siglo XIX, por lo que me creí incapaz de imaginar cómo habrá sido aquello. Incluso los objetos, como las carretelas y las escupideras, me parecían algo vago y misterioso. Descubrí, pues, que era inepto para escribir la novela sobre Buchanan y finalmente la convertí en una pieza teatral, dejando que el director y el escenógrafo lidiaran con esos detalles, imposibles para mí.

Había llegado el momento de escribir otra novela. Cuando inicié mi carrera de escritor independiente, de la que ya he hablado, hice un trato conmigo mismo: enviaría a mis editores una novela por cada libro de otro género, con colecciones de obras de carácter diferente, para compensar sus pérdidas a causa de estas últimas. Así se crearía presumiblemente un ciclo de pérdidas, pequeñas ganancias, pérdidas, pequeñas ganancias, etc.

Todo era desolación a mi alrededor: las penurias de Vietnam, disturbios raciales, marchas, todo tipo de agitaciones. De repente me pareció que Conejo Angstrom de Pennsylvania, sobre cuyo futuro algunas personas habían expresado curiosidad, podía ser el vehículo para integrar parte de la inquietud que se había desatado en nuestro entorno norteamericano. Entonces escribí *Rabbit Redux*. Fue grato usar otra vez la conjugación en presente y buscar, en este rincón del sureste de Pennsylvania, los ecos y ramificaciones de los disturbios nacionales e internacionales, tan inquietantes a fines de los sesenta.

Al parecer, después de haber escrito una secuela que tuvo bastante buena acogida, me sentí obligado a escribir otra: una secuela conduce a otra. Al final de cuentas, uno de los propósitos de la vida artística es completar todo un conjunto.

Cuando llegó el momento, al empezar 1979 yo vivía en otra población, tenía otra esposa y otra visión de mí mismo (por cierto que, según resultaron las cosas, cada novela fue escrita en una casa diferente, en distinto domicilio). Estaba lleno de entusiasmo, si me comparo con mi condición actual relativamente menos entusiasta.

Necesitaba un gancho para asirme a 1979. ¿Qué podría decir? Aunque la primera novela contenía algunos materiales tomados de las noticias, su temática no era deliberadamente de los cincuenta. Era sólo un producto de esa década; era irremediablemente un libro de los cincuenta, escrito por un tipo que pertenecía también en forma irremisible a aquel decenio. Los sesenta fueron mucho más conscientes de sí mismos y de su papel como década. Los setenta parecieron un tanto amorfos.

El hecho es que estábamos en Pennsylvania, hospedados en casa de unos amigos de mi esposa; era junio y nos angustiaba no poder partir, pues había largas colas de autos en las estaciones de gasolina de todo el estado. Por amabilidad, o por prisa de que nos fuéramos, nuestro anfitrión se levantó una mañana muy temprano, llevó mi auto a la estación, esperó en la cola y lo reabasteció de gasolina para que pudiéramos marcharnos. La escasez de combustible fue el gancho que yo buscaba. Las primeras palabras de *Rabbit Is Rich* son éstas: "Se acaba la gasolina". La sensación generalizada de agotamiento e inflación, aunada al desmayo del presidente Jimmy Carter un día que hacía ejercicio, parecía configurar el panorama nacional.

Lo paradójico fue que, aun cuando el tema era la falta de energía, yo me sentía muy bien. Así pues, la obra es un tanto optimista a pesar de sí misma. Es un libro en verdad jovial, pletórico de sí mismo y de su material, según lo percibo hasta donde alcanzan mis dotes de crítico. En realidad tuve que abreviar el final, porque amenazaba con proseguir hasta la eternidad. Tennyson decía que deseaba una novela capaz de continuar eternamente, pero yo no la deseo. Por eso apresuré el momento en que Angstrom llega a tener a su nieta en brazos; de hecho, el tema del libro es cómo se convierte Angstrom en abuelo, escrito años antes de que yo mismo tuviera nietos.

No obstante, se trata esencialmente de un libro jactancioso que ganó premios. El porqué algunos libros obtienen premios y otros no es un misterio. Este creo que lo premiaron, en parte, porque ya tenía yo tanto tiempo en el oficio, y obviamente trabajaba con tal ahínco, que la gente se apiadó de mí. Además tenían esperanzas de que si Conejo y yo recibíamos un premio, desapareceríamos y se pondría fin a este episodio en las letras norteamericanas. ¡Pero no fue así, pues entonces me sentí obligado a escribir una cuarta obra!

Nuevamente busqué a tientas el gancho. Era muy fácil tener la mente en blanco con respecto a los ochenta: hubo en ellos una vaguedad patente. Fue el decenio del presidente Ronald Reagan y resultó muy frío, en el sentido de McLuhan: una era de figuras remotas, surgidas de los medios de comunicación. Sabía que mi héroe sería ahora 10 años más viejo y que quizá no se sentiría mejor que yo, sino incluso peor, pues llegó antes a la cumbre. Lo vi en Florida. Pensé que al ubicar a Conejo en otro estado podría reanimar a sus lectores. Parte de la familia Updike —el hermano y la hermana de mi padre— se fue a Florida en la década de 1920 cuando su padre, mi abuelo, enfermó de tuberculosis.

Me sentía impaciente de escribir el libro; la historia comienza a fines de 1988, después de las elecciones presidenciales, cuando acababa de ocurrir el accidente del vuelo 103 de Pan Am en Lockerbie, Escocia. Tuve que interrumpir varias veces la escritura, para permitir que el tiempo real le diera alcance a mi tiempo literario. Los acontecimientos privados son lo principal, desde luego, pero nadie quiere que un suceso público, una guerra atómica o un terremoto acaben con el mundo y lo vuelvan todo anacrónico. Pocos meses después de que comencé el libro, en abril de 1989, mi madre fue hospitalizada y a partir de entonces tuve que hacer un viaje tras otro a Pennsylvania para estar pendiente de ella.

Se puede decir que ésta es una obra depresiva, sobre un hombre deprimido, escrita por un hombre deprimido. La decisión de dar por terminada la serie fue para mí una especie de muerte. Aunque salí de Pennsylvania a principios de los cincuenta, conservé un eslabón vital con ese estado mientras mis padres vivieron. Mi padre murió en 1972, pero mi madre lo sobrevivió; así pues, tuve constantes motivos para visitar los territorios de Conejo, refrescar mi memoria y percibir los cambios. Conforme mi madre envejecía, me di cuenta de que mi eslabón desaparecería algún día y con él terminarían mis vínculos con el mundo de Conejo. Mi madre murió en octubre, diez días después de finalizado mi primer borrador; su muerte se entretejió con mi propia sensación de envejecimiento y con la todavía más acentuada sensación de caducidad de mi héroe.

Otra razón para poner punto final: pensé que si iba a hacer de la serie una especie de megalonovela, reuniendo en ella todos los hilos, cuatro novelas era el límite. Todos hemos oído hablar de tetralogías, pero no se habla de algo más allá. Como en las secuelas quedan muchos cabos sueltos, personajes inventados y usados, los elementos se incrementan geométricamente y hacer más de cuatro obras sería una gran confusión.

La acción concluye en octubre; me basé en el huracán Hugo para redondear el clímax porque lo que ahora nos parece, por supuesto, el acontecimiento principal de 1989 —el colapso del comunismo en Europa del Este— ocurrió casi al final del año. Conejo ya lo presentía y en un momento dado se pregunta a sí mismo: "Si ya no hay Guerra Fría, ¿qué sentido tiene ser norteamericano?". Su sentimiento de inutilidad, de estar marginado por su esposa e hijo, adquiere entonces esta dimensión política. La vida adulta de Conejo, igual que la mía, transcurrió en el contexto de la Guerra Fría. El estuvo en el ejército, dispuesto a ir a Corea, partidario de la guerra de Vietnam, orgulloso de la conquista de la Luna, justificado siempre, en su fuero interno, por el concepto de la libertad, de Norteamérica, que se agudizaba en contraste con el comunismo. Si ese contraste se acabó, he ahí otro motivo para dejar descansar a Conejo, con pesar, en 1990.